

# El nudo corporal



GUY LE GAUFÉY<sup>1</sup>

Dentro de los numerosos afectos que se expresan a través del cuerpo — cólera, vergüenza, tristeza, júbilo, etc.—, la angustia desempeña un papel clave, por lo menos en la obra freudiana. Quien se dedica a leerla sabe que Freud construyó dos teorías diferentes a propósito de este afecto. No se trata ahora de examinarlas cuidadosamente, sino de apreciar cómo Freud articula la relación entre lo que él reconoce como pura propiedad del cuerpo —las *cantidades Q* del *Proyecto*, por ejemplo, o los *afectos*— y las *representaciones* que circulan a través de lo que él llama muy temprano el «aparato psíquico».

Por supuesto, la palabra *Vorstellung* era absolutamente común en alemán, tanto en la tradición filosófica como en la tradición psicológica, y Freud podía emplearla sin más comentario, seguro de que sus lectores pudieran captar sin ningún problema el sentido de lo que quería decir con esta. Pero su punto de partida físico en la construcción de su aparato psíquico nos plantea un clivaje decisivo entre *afectos* y *representaciones*, un clivaje tan habitual que lo practicamos sin verlo, sin escucharlo, sin entenderlo.

Ahora bien, para articular estas dos vertientes extranjeras una con la otra, Freud utiliza regularmente la misma palabra, la de *soldadura* (*Verlötung*). Esta es decisiva también cuando se trata del concepto de pulsión, este «concepto límite entre lo psíquico y lo somático». Al final del primer capítulo de los *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905/1978), escribe:

La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una *soldadura* [*eine*

1 Analista francés de L'École Lacanienne de Psychanalyse.

*Verlötung*], que corríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. (p. 134)

Y no es una mención aislada. La misma palabra interviene también al calificar el funcionamiento de la fantasía que resulta de una *soldadura* entre un *Lustgewin* —«una ganancia de placer a partir de una zona corporal que debemos considerar como erótica»—, y una *Wunschvorstellung* —«una representación de deseo que proviene del dominio del amor de objeto»— (Freud, 1908/1983, p. 151). Última cita de Freud: «Este compuesto es por supuesto una soldadura» (p. 191) —*Diese Zusammensetzung ist bekanntlich selbst eine Verlötung*<sup>2</sup>.

Este *Bekanntlich* basta para mostrar a qué punto Freud estaba acostumbrado a esta palabra para designar el tipo de articulación que se impone entre afectos y representaciones como entre la carga física de la pulsión y su representante psíquico. Y nosotros hemos heredado, sabiéndolo o sin saberlo, esta división que separa conceptualmente lo que esta «soldadura» une prácticamente. Me parece que, a su manera, este congreso se sitúa justo encima de esta falla y de esta oscura «soldadura» freudiana, pero me gustaría considerarla desde un punto de vista epistemológico antes de atacarla desde la clínica.

Entre los freudianos ortodoxos, fueron bastante frecuentes las tentativas de no considerar tal separación entre afecto y representación como algo imprescindible, alegando que Freud no fue tan claro en este punto altamente teórico y que se puede sostener una cierta relación directa del afecto con la representación, hasta pensar en una *represión del afecto* como hay una *represión* de la representación. Fue, por ejemplo, una ambición manifiesta de André Green en su libro *Le discours vivant* (1973), en el cual intenta probar que en Freud hay realmente una vía para pensar tal *represión del afecto*. Es notable que, para sostenerlo, Green no concede ni el más mínimo comentario a la palabra *soldadura* que acabamos de ver como clavija maestra en esta puesta en relación de lo somático con lo psíquico en la obra freudiana.

2 Para la versión en alemán: Freud, S. (1971). *Studienausgabe* (vol. 8). Frankfurt: Fischer Verlag.

No es por casualidad que esta posición fuera sostenida en Francia por Green, uno de los franceses más relacionados con el mundo anglosajón del psicoanálisis. Encontramos aquí un dato cultural muy oculto que opone silenciosamente a los países del *Common Law* y de habla inglesa (Inglaterra, Estados Unidos, los países del Commonwealth) con una vasta y prolifera cultura continental que atraviesa muchas lenguas y ha desbordado masivamente en América Latina. En los países del *Common Law* se encuentra una especie de duda sistemática con respecto a cualquier separación *de principios* entre los datos simbólicos (lenguas, teorías, cálculos) y sus referentes mundanos —lo que se transparenta bastante bien en el pragmatismo anglosajón—, mientras que en una área continental, siempre más cartesiana de lo que se piensa, este dualismo se inmiscuye por todas partes sin que ni siquiera alguien se dé cuenta de algo.

Para dar una idea más creíble de algo tan impreciso, recurriré a unos datos lexicográficos. Si ustedes toman el libro de Hinshelwood *A dictionary of kleinian thought* (1989) y hojean al índice, no encontrarán ninguna mención de la palabra *affect* (afecto) ni de *idea* (representación), ni de *presentation* (otra traducción, a veces, del alemán *Vorstellung* al inglés<sup>3</sup>). Si, al contrario, ustedes buscan los mismos términos en el *Vocabulaire de la psychanalyse* de Laplanche y Pontalis, encontrarán, por supuesto, la palabra *affect* (una página y media) y siete entradas de la palabra *représentation*: *représentant de la pulsión*, *représentant psychique*, *représentant-représentation*, *représentation*, *représentation but*, *représentation de chose*, *représentation de mot*. De ahí el hecho de que en el psicoanálisis de Klein, de Bion, de Winnicott y de tantos otros autores de habla inglesa no importe tanto esta separación que labora silenciosamente en otras partes del vasto mundo freudiano. Y entonces: ¿Qué con Lacan?

La gente que habla de Lacan sin ni siquiera leerlo lo reduce a lo que hizo a su reputación: su teoría del significante, y deplora su olvido del cuerpo, del afecto y de todo lo que podría escapar al lenguaje en el funcionamiento mismo del tratamiento analítico. Agrego que se opuso clara-

3 En el diccionario de Charles Rycroft (1968), se encuentran ocho líneas para el término *affect*, y una pequeña página par el término *representation*.

mente a la posibilidad de que el afecto sea reprimido (razón del punto de ataque de Green), exponiéndose a la crítica feroz de «intelectualismo» que reduciría el ser humano al *parlêtre*, esta criatura que interesaría al analista en la única medida en que habla y no hace sino hablar.

Verdad que en su «retorno a Freud» y en su promoción de lo que se llamó la «primacía de lo simbólico», en su enseñanza de los años sesenta, Lacan parece ofrecerse a esta crítica. Pero el cambio decisivo para nuestra cuestión de hoy intervino cuando Lacan se dio cuenta de los excesos que producía su primacía de lo simbólico en algunos de sus alumnos como en su propia enseñanza, y reaccionó con una invención suya, apoyándose en el nudo borromeano para sostener lo que llamó la «equivalencia de las tres consistencias». Desde aquel entonces en adelante, hizo mucho caso del hecho de que en un nudo borromeano, las tres cuerdas que lo componen están anudadas de tal modo que si se corta una cualquiera, el nudo se deshace y cada cuerda va por su lado. No hay una para dominar, y tampoco ningún acoplamiento entre dos. Ni la sombra de una «soldadura» o de un anudamiento que las uniría dos por dos.

Me dirijo aquí a los que han frecuentado, por lo menos un poquito, los seminarios, y pueden, a través de la palabra *consistencia*, dar sentido a las tres dimensiones de lo imaginario, lo simbólico y lo real que Lacan había lanzado desde el inicio de su enseñanza, en 1953. Promover una «equivalencia» entre las tres era un paso decisivo para decir que cada una tiene el mismo valor en la determinación del sujeto que acogemos en la transferencia, que lo imaginario vale tanto como lo simbólico, que vale tanto como lo real, que vale tanto como lo imaginario... «El significante representa al sujeto para otro significante», sí, la fórmula del inicio de los años sesenta que define el sujeto como producido en la dimensión simbólica sigue estando vigente, pero también lo imaginario del ensueño o lo real de la pérdida determinan igualmente a este sujeto, aunque diferentemente.

Debo decir que empecé a escuchar a Lacan dictando sus seminarios al inicio de los años setenta, en el momento en que él se lanzaba en este punto de dicha «equivalencia», la cual me dejó, en su momento, estupefacto. En aquel entonces estudiaba la semiótica después de la historia, muy especialmente a Peirce, y las tres categorías lacanianas me parecían bien planteadas, pero me preguntaba: ¿Cómo diablos sabe que son equivalentes? ¿Qué le

permite producir tal aserto con tanta certeza? Debo también reconocer que esto fue parte de lo que me hizo pasar de la búsqueda académica a la práctica analítica.

Si me arriesgo a contar todo esto, es porque la noción de consistencia que condujo a Lacan hacia esta equivalencia de las tres dimensiones sigue pareciéndome de mejor veta que la soldadura freudiana, aunque cumplan el mismo trabajo: atar consistencias heterogéneas. Con esta diferencia: la naturaleza del material de la soldadura freudiana —lo que permite soldar— sigue siendo algo muy opaco, no tenemos la capacidad de comentarlo ni de explicarlo, mientras que con la equivalencia lacaniana, lo que une puntualmente lo real y lo imaginario se concibe como simbólico, lo que une lo simbólico y lo imaginario se concibe como del orden de lo real, siempre que este real empuje afuera del dualismo freudiano para alcanzar una triplicidad más afín a la cosa analítica.

Los impactos sobre la clínica, el modo de intervención del analista, el valor de su presencia son muy diversos y se pueden localizar de numerosas maneras. Me contentaré con un solo ejemplo: la cuestión de saber si lo real del trauma es más decisivo que la formación de la fantasía o si es totalmente al revés, como Freud parecía indicar con el abandono de su concepción traumática de la histeria. Esta cuestión, que ha desgarrado a la comunidad freudiana durante décadas, se volatizó para los lacanianos de la equivalencia sin que, sin embargo, se desentendieran del trauma o de la fantasía.

Los vericuetos de lo que le ocurre al cuerpo —y no solo a través de las enfermedades llamadas *psicosomáticas*, sino también con respecto al goce sexual, al sufrimiento amoroso, a la pesadez del sentimiento de la vida nuda, a los trastornos ocasionados por las drogas, a los apapachos del viento al borde del mar, al gusto del silencio en la noche, a la felicidad después del esfuerzo físico— forman parte, todos, de lo que agujerea la palabra del analizante para darle soplo y existencia, si al menos un analista acoge con simplicidad estas vivencias como compañeras, semejantes de su presencia silenciosa. El cuerpo habla, sí, por supuesto, pero su mutismo activo también amerita un respeto paciente. ♦

## RESUMEN

El texto parte de los afectos que se expresan a través del cuerpo: cólera, vergüenza, tristeza, júbilo, dentro de los cuales la angustia desempeña un papel clave en la obra freudiana, y el autor se centra en el valor de *la relación* entre los afectos y las representaciones, y el alcance del término *soldadura* (*Verlötung*) para unir las vertientes de *afectos* y *representación*, lo mismo que cuando trata el concepto de pulsión y el del objeto sexual y del funcionamiento de la fantasía. Si desde la ortodoxia freudiana se intentó no considerar imprescindible la separación entre afecto y representación hasta pensar en una *represión del afecto* como hay una represión de la representación, Lacan se opuso claramente a la posibilidad de que el afecto fuera reprimido (razón del punto de ataque de Green), exponiéndose a la crítica de «intelectualismo» que reduciría el ser humano al *parlêtre*, que interesaría solamente al analista en la única medida en que habla, y no hace sino hablar. Esto fue porque su ‘primacía de lo simbólico llevaba a excesos y pasó a apoyarse en el nudo borromeo para sostener lo que llamó la «equivalencia de las tres consistencias». Entre ellas no hay una que domine y tampoco ningún acoplamiento entre dos; no se trata de ninguna «soldadura». Para el autor, la noción de consistencia que condujo a Lacan hacia esta equivalencia de las tres dimensiones le parece mejor que la soldadura freudiana, aunque cumplan el mismo trabajo: atar consistencias heterogéneas. En la equivalencia lacaniana, lo que une lo real y lo imaginario se concibe como simbólico, lo que une lo simbólico y lo imaginario se concibe como del orden de lo real, siempre que este real empuje afuera del dualismo freudiano para llegar a una triplicidad más afín a la cosa analítica. Cada registro tiene el mismo valor en la determinación del sujeto que acogemos en la transferencia. Al final, enumera todo lo que le puede suceder al cuerpo y que forma parte de lo que «agujerea la palabra analizante» siempre que el analista pueda acoger con simplicidad estas vivencias junto con su presencia silenciosa y de respeto paciente.

*Descriptores:* AFFECTO | REPRESENTACIÓN | ESCUELAS PSICOANALÍTICAS | NUDO BORROMEIO

*Persona-tema:* LACAN, J. | FREUD, S.

## SUMMARY

The text starts from the affects that are expressed through the body: rage, shame, sadness, joy, among which anxiety plays a key role in the Freudian work. The paper focuses on the central value of «the relation» between affects and representations and the extent of the term «soldering» (Verlötung) in order to link «affects» and «representation», which also applies to Freud's concept of the drive and the sexual object and the way in which the phantasy operates. If in Freudian orthodoxy there was an attempt not to consider the separation between affect and representation as essential that even led into thinking of a *repression of affect* just as there is a repression of the representation. Lacan clearly objected to the possibility of the affect being repressed (a reason for the attack by Green), exposing himself to the criticism of an «intellectualism» that reduced the human being to the «parlêtre», who would only be of interest for the analyst in so far as he can talk, and cannot but talk. This is due to the fact that the «primacy of the symbolic» led to excesses and turned to the support on the Borromean knot in order to sustain what he called «equivalence of the three consistencies». None of them dominates and there is no coupling between two of them; there is no «soldering». The author thinks that the notion of consistency that led Lacan towards this equivalence of the three dimensions is better than the Freudian soldering, though they may accomplish the same task: to tie together heterogeneous consistencies. In Lacan's equivalence, what unites the real and the imaginary is conceived as the symbolic; what unites the symbolic and the imaginary is conceived as the order of the real, as long as this real moves away from the Freudian dualism in order to reach a triplicity that is more compatible with the analytic thing. Each one of the orders has the same value in the determination of the subject we accept in the transference. And it finally enumerates all that can happen to the body and which is part of what «perforates the word of the analysand», as long as the analyst can accept with simplicity these experiences with his presence, silent and respectful for the patient.

*Keywords:* AFFECT / IDEA [VORSTELLUNG] / PSYCHOANALYTIC SCHOOLS / BORROMEAN KNOT

*Author-subject:* LACAN, J. / FREUD, S.

## BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- (1983). Les fantasmes hystériques et leurs relations à la bisexualité. En S. Freud, *Névrose, psychose, perversion*, Paris : PUF. (Trabajo original publicado en 1908).
- Hinshelwood, R. D. (1989). *A dictionary of kleinian thought*. Londres: Free Association Books.
- Rycroft, C. (1968). *A critical dictionary of psychoanalysis*. Londres: Thomas Nelson.